

Capítulo 80 - - Nervios en la cuerda floja - Una Guía Práctica sobre la Hechicería [Libros 1-4, Revelados el 3 de julio]

- Capítulo 80 - - Nervios en la cuerda floja - Una Guía Práctica sobre la Hechicería [Libros 1-4, Revelados el 3 de julio]

Capítulo 80 - - Nervios en la cuerda floja - Una Guía Práctica sobre la Hechicería [Libros 1-4, Revelados el 3 de julio]

Sebastián

Día 18 del mes 1, lunes, 6:00 p.m.

Damien encontró la ignorancia de Sebastien hilarante. No dejaba de caer en accesos de risa suelta cada vez que pensaba en ello, pese a que ella fruncía cada vez más el ceño con actitud feroz.

Tanya también se divertía mucho, dejando a Newton como el único con algo de empatía por Sebastien.

Casi quisiese pasar por la oficina del Profesor Lacer y preguntarle al respecto, pero la sola idea de su reacción le resultaba aún más humillante.

Además, Damien admitió que cuando hablaron, el profesor Lacer había llamado a Sebastien su aprendiz provisional. Eso realmente no significaba mucho. Posiblemente la había hecho su aprendiz para que pasara los exámenes de ingreso, pero era probable que lo cancelara en cuanto ya no fuera necesario, o si ella le decepcionaba.

Ella hizo todo lo posible por quitarle importancia a ese asunto. Nada había cambiado, solo su comprensión de la situación. No había nada que necesitara hacer con esa información.

Con Newton y Damien vigilando a Tanya, Sebastien realmente no necesitaba estar allí.

La mayoría de los profesores de Sebastien—aquellos que mostraban cierta compasión por sus alumnos, a diferencia del Profesor Lacer—habían reducido temporalmente la carga de trabajo de sus estudiantes. Ella decidió aprovechar el tiempo libre adicional para ocuparse de algunos asuntos que había dejado de lado.

Se dirigió al armario de suministros que almacenaba el artefacto de prueba Henrik-Thompson, con la esperanza de encontrar otros objetos útiles, como el dispositivo de escaneo de artefactos que acababa de aprender, pero quedó decepcionada.

Dudó en pedir ayuda a uno de los profesores de Artificiería, pero cuando decidió con firmeza y localizó al hombre que había visto en su examen de ingreso para hacer la solicitud, él estuvo encantado de brindarle acceso al que tenía en su aula.

Mirando con cautela todos los gadgets y herramientas complicadas para crear pequeñas matrices de hechizos, Sebastien lamentó que el profesor Lacer le hubiera restringido tomar solo seis clases por semestre. ‘¿No qué pensaras?’, se preguntó, observando un carrete de hilo dorado. ‘No puedes permitirte ni el tiempo ni los fondos para ser una artificiera competente. Habrá tiempo para aprender más sobre esta habilidad más adelante, cuando hayas logrado algo por ti misma.’

El profesor se encontraba sentado en su escritorio al otro lado de la sala, usando un par de gafas intrincadas con múltiples lentes y ladeado sobre algo delicado y brillante.

Sebastien se colocó de modo que su espalda bloqueara la vista del profesor, por precaución. Ella estaba bastante segura de que poseer una varita de batalla requería una licencia. Examinó el artefacto antes de colocarlo dentro de la cúpula metálica más grande, que ya expulsaba aire frío desde su boca abierta. La varita era más grande de lo que sugería su nombre. Solo las más costosas, con una construcción impecable, tenían un tamaño similar a una rama. La mayoría parecía más un bastón, cilindros cónicos que fácilmente alcanzaban una pulgada de grosor en la base, y en casos extremos, podrían usarse incluso para golpear a alguien en la cabeza.

Este no era lujoso, y no mostraba ninguna pista de metal precioso ni de múltiples tipos de hechizos en su interior. Con solo apuntar y tirar del nodo incrustado en un lado, disparaba un hechizo deslumbrante. Según el escáner de artefactos, le quedaban tres, evidenciado por los tres anillos de mini círculos en su interior, que irradiaban pequeñas cantidades de calor.

Echando una mirada sigilosa por encima de su hombro para asegurarse de que el profesor todavía no le prestaba atención, se quitó el amuleto y lo escaneó en su lugar.

Según el escaneo, no quedaban cargas disponibles. ‘O simplemente las acabo de agotar, o las cargas que posee son demasiado eficientes para ser rastreadas.’ No estaba segura de si sentirse decepcionada o aliviada por el misterio persistente, así que volvió a esconder el amuleto, agradeció al profesor y se obligó a regresar a las residencias para tomar una siesta. Luego practicó los ejercicios del Profesor Lacer, concentrándose en todos los aspectos de su Voluntad mientras creaba una esfera de aire comprimido, hasta que sintió que empezaba a sentirse más cómoda con el hechizo.

Los próximos días transcurrieron sin novedades. A excepción de la sospechosa carta que Tanya había enviado con un pájaro de papel encantado, ella mantenía su rutina habitual como asistente estudiantil. Pero Sebastien sabía que la mujer terminaría por cometer un error. Probablemente pronto, considerando lo que acababa de suceder.

Oliver le envió otra nota cifrada pidiéndole que la visitara durante el fin de semana para preparar pociones curativas, ya que al parecer los Ciervos estaban teniendo problemas para abastecer su territorio ampliado. Ella ya había planeado asistir, por supuesto, pero tomó nota de que debería comprar cualquier suministro de curación útil en la próxima reunión secreta, que esperaba fuera pronto. El Ciervo Verde necesitaba más de lo que ella podía ofrecer sola, y Oliver le reembolsaría, además de su tarifa.

Tras las clases del miércoles, mientras Ana, Damien y Sebastien estudiaban en la biblioteca, Ana se sentó a garabatear furiosamente en su cuaderno rosa, con un ceño severo en el rostro.

Sebastien no habría prestado atención en ese momento, pero Ana era del tipo que sonreía con una placidez casi inquietante incluso cuando estaba furiosa. Lo había hecho esa misma mañana cuando uno de los estudiantes masculinos “accidentalmente” rozó su trasero. Justo antes de empujarle la bandeja de comida, lanzándole avena caliente sobre el pecho y el rostro con una dulce disculpa, “¡Ups!”

Algo que provocara una expresión tan desagradable en Ana era sin duda grave.

-¿Qué pasa? - preguntó Damien.

-Tengo que ir a cuidar de mi hermanita - respondió Ana, ya preparándose para marcharse.

-Y yo voy contigo - dijo Damien de inmediato, levantándose. Dudó un momento, mirando a Sebastien como si se diera cuenta de que tal vez había dicho algo inapropiado.

Con Damien fuera del campus, solo quedarían Sebastien y Newton para vigilar a Tanya, pero Sebastien asintió rápidamente. Algunas cosas eran más importantes. Damien había sido amigo de Ana mucho antes de que él fuera su aliado.

Hasta ofreció: “¿Necesitas ayuda?” pero ambos ya se estaban alejando demasiado rápido para escucharla.

Asegurándose de que Newton seguía con Tanya, Sebastien se dirigió a las salas de práctica supervisada, donde pasó un par de horas tratando de ponerse al día con los ejercicios del Profesor Lacer.

Ana y Damien seguían ausentes cuando ella regresó a las residencias, y Sebastien supuso que podrían estar pasando la noche en la finca de Gervin. ‘ Espero que todo esté bien ’. Damien tenía la pulsera que ella le había dado, así que si algo salía verdaderamente mal, al menos podría hacerle saber o que ella supiera. Aunque no podía hacer mucho al respecto.

Sebastien conjuró su hechizo de sueño sin sueños y se acostó. Esperaba dormir unas horas y despertar para hacer algo de tarea en medio de la noche, sintiéndose un poco más descansada. Sin embargo, justo cuando empezaba a quedarse dormida, el hechizo de alarma que habían puesto en la puerta de Tanya se activó.

Sebastien sacó la piedra fría y vibrante de debajo de su almohada, la miró con frustración y desconcierto. Era como si Tanya hubiera detectado de alguna forma el peor momento posible para hacer algo sospechoso. 'Estoy cansada. No quiero seguir a Tanya afuera en medio del frío y esconderme en la oscuridad escuchándola desde lejos... '

Sebastien consideró dejar a Tanya sin vigilancia para dormir, intentando convencerse de que la otra mujer no tenía necesariamente algo nefasto en mente. En cambio, Sebastien se levantó de golpe, presa de una súbita ansiedad.

Sin Damien, no podía escuchar a Tanya desde la distancia. Sebastien había dedicado un poco de tiempo a investigar hechizos que amplificaran el sonido, pero lo que había encontrado funcionaba al realzar las voces recibidas a través de la superficie del hechizo. Todos estos hechizos provocaban un ligero pero evidente eco que podía delatarla a Tanya y Munchworth si estaban atentos, incluso si lograba ocultar o suprimir cualquier luz emitida por el hechizo o la llama del Sacrificio.

Su mente se aceleraba en busca de una solución. Podría intentar recrear el hechizo de Damien inventando algo propio, pero las probabilidades de lograrlo a la perfección eran escasas, y la magia nueva era impredecible. Peligrosa. Ella intentaba aprender de sus errores, no cometer más de forma temeraria. Eso sería un último recurso.

'¿Por qué no le di mayor importancia a encontrar una forma de lanzar un hechizo de adivinación enfocado en mí misma, a voluntad? Si tuviera el hechizo activo en toda su potencia, tal vez podría acercarme sigilosamente en la oscuridad,' pensó. Aunque, si lograba lanzar una adivinación sobre sí misma sin ser detectada, la luz residual de su lámpara y el probable brillo del círculo de hechizos delatarían su presencia. La protección contra el hechizo de adivinación no la hacía invisible ni imposible de detectar. Si podía lanzar con la luz como fuente de poder, podría reducir las posibilidades de ser vista, pero aún no estaba preparada para eso. Ahora deseaba haber comprado un núcleo de bestia, pese a sus precios poco económicos.

'Estás divagando. Concéntrate. Necesito soluciones reales,' se reprendió mentalmente, ajustándose las botas y la chaqueta.

Revisó su reloj de bolsillo. Habían pasado menos de treinta segundos desde que Tanya salió de su habitación. 'No puedo escuchar desde la distancia, ni puedo acercarme sigilosamente. Pero tengo una idea bastante clara de con quién se va a encontrar y dónde. No necesito acercarme si ya estoy allí. En espera. Escondida.'

Era un juego de azar. Quizá Tanya no se iba a encontrar con Munchworth en la Menagerie. Podía estar haciendo cualquier cosa, yendo a cualquier parte...

Moviéndose con la rapidez que nunca había sentido en su vida, Sebastien utilizó su pequeña tableta de pizarra y la ficha de hueso para seguir la dirección de Tanya. Iba hacia el norte, lo que probablemente indicaba que no abandonaba los terrenos de la Universidad. Pronto giraría hacia el oeste, si su destino era la Menagerie.

Ya acercándose a las puertas del dormitorio, Sebastien apagó su lámpara, la guardó en su bolsillo junto con la ficha de hueso, y envolvió su oscuro pañuelo sobre la cabeza para cubrir su rostro y cabello pálido. No quería destacarse en la noche como un faro.

Tan pronto como llegó al pasillo, salió corriendo. Rompió por la puerta opuesta por la que Tanya había salido, atravesando la Ciudadela hacia el este y avanzando hacia las puertas de la Menagerie. Tenía que llegar con suficiente anticipación para que Tanya no pudiera verla. Solo podía esperar que Munchworth no estuviera allí, esperando.

Al menos esta vez no había nieve fresca que pudiera dejar huellas sospechosas. Estaba pisoteada, sucia, y los caminos estaban cubiertos por parches de hielo invisible, lo que hizo que Sebastien cayera de forma dolorosa.

Desábil silenciosamente, respirando con demasiado esfuerzo para articular insultos, desvió sus rodillas y codos magullados y siguió corriendo.

El pequeño puente donde Tanya y Munchworth se encontraron por última vez estaba desierto. Sebastien ralentizó el paso y miró a su alrededor con recelo, buscando alguna figura oculta en la oscuridad. Sus respiraciones escapaban por las grietas de su bufanda apresuradamente envuelta, formando nubes blancas y espesas bajo la luz de la luna. Sus pulmones protestaban ante la embestida de aire tan frío, y tosió en silencio mientras buscaba un refugio cercano.

Finalmente, decidió que el mejor escondite era debajo del propio puente. Había un par de grandes rocas cerca de la orilla que le ayudarían a esconder su figura si se acurrucaba entre ellas.

Era una bajada arriesgada. Las rocas estaban resbaladizas y el borde del pequeño arroyo estaba cubierto de hielo y nieve acumulada. Sebastien atravesó el hielo con un chapuzón, logrando no caer de cara en el agua helada. “¡Huesos del titán!” siseó. Se agachó en la oscuridad bajo el arco de piedra, apoyada en el áspero costado de la roca, permaneciendo inmóvil y amortiguando su respiración con la bufanda.

Deseaba utilizar nuevamente la adivinación con la brújula sobre Tanya, o al menos sacar su reloj de bolsillo para estimar cuánto tiempo le tomaría esperar a que llegara la muchacha, pero se contuvo. La posibilidad de ser descubierta era demasiado alta.

Con alivio, sin embargo, había acertado.

Tanya llegó primero, claramente audible desde el pequeño puente superior, mientras daba pasos pesados y murmuraba amenazas vagas hacia “esa idiota pomposa”.

Tardó lo suficiente en llegar Munchworth, que incluso Sebastien empezó a preguntarse si había dejado plantada a Tanya. Luego, cuando por fin apareció, Sebastien sintió de golpe que uno de ellos podría usar algún hechizo revelador para asegurarse de su privacidad, pero él empezó a hablar sin dudar. “¿Qué fue tan urgente como para que no pudieras enviarlo en un mensaje? Tenía la impresión de que no tienes mucho tiempo para andar perdidx en esta noche. ¿Tienes algo para mí?”

Tanya pareció dudar, pero luego soltó impulsivamente: “Es una mala idea. Yo... no me siento cómoda haciendo esto. Puedo ir a la reunión, pero—”

Munchworth la interrumpió. “¿Me llamaste de mi cama solo para quejarte? ¿Qué crees exactamente que es tu trabajo? ¿Crees que estás en posición de hacer demandas, o incluso sugerencias?” Su voz se elevó mientras la reprendía. “Tú no decides. Nosotros decidimos. O actúas satisfactoriamente, o fracasas y no sirves para nada.”

“No soy incompetente,” dijo Tanya con tono controlado, “pero me opongo a ser tratada como un peón desechable en una estrategia imprudente que es igual de probable que salga mal que de producir resultados positivos. Alinear nuestras fuerzas contra el Ciervo Verde y la Manada de la Pesadilla, que mantienen tratos con la Reina del Cuervo, es una mala idea. Ya he sido advertida una vez. Dudo que ella me ahorre la vida por segunda vez. Tengo motivos para creer que un miembro de los Ciervos o de la Manada de la Pesadilla también participa en esas reuniones. Eso es lo que he intentado decirte. Se hizo evidente tras el ataque. ¿No ves las implicaciones?”

“No resulta sorprendente que haya criminales en esas reuniones. Ese es en gran parte el propósito de ellas.”

“¡Saben quién soy!” clamó, apenas logrando mantener su voz baja para que no se filtrara en la noche. “Han oído mi solicitud para reunirme con la Reina del Cuervo, y probablemente se la hayan pasado, pero ella la rechazó. Han estado vendiendo Conductos, creo, de personas a las que atacaron o mataron. Son peligrosos.”

Ella está hablando de mí, pero ¿por qué supondría ella que obtuve el celerium por medios nefastos?

Tanya continuó: “Cuando empiece a hacer las preguntas que me enviaste, van a establecer conexiones. La Reina Cuervo ya ha demostrado que puede actuar directamente contra la Universidad sin repercusiones. Me lo advirtió en persona. ¿Quieres que te asesinen? ¿No era ese libro que ella robó en camino a tu oficina en aquel momento? Ella sabe dónde trabajas. Probablemente sabe dónde duermes. Estás creando un enemigo que está fuera de tu alcance, y me estás lanzando a sus fauces como si fuera una pieza desechable, sin protección, sin escudo.”

Munchworth resopló con enfado. “Soy profesor en la Universidad de la Mágia de Lenore. Somos la institución mágica más poderosa del continente. Incluso las Doce Coronas nos temen. Esa recién llegada que se hace llamar la Reina Cuervo no es más que una ladrona insignificante y una dramaturga, alimentando el miedo y la ignorancia de la gente para reforzar su reputación. Hace amenazas y monta escándalos porque no tiene suficiente poder para enfrentarnos directamente. ¿La vamos a enfurecer? ¡Ella ya nos ha enojado! Ya no toleraremos esto, y si sabe lo que le conviene, se esconderá en las sombras, ¡porque el puño de nuestra furia no perdonará a nadie!” Respiró profundamente unos segundos. “La cobardía de tu sangre común está saliendo a la luz, Canelo. Libera tu mente de supersticiones insignificantes y representa a la Universidad con el coraje de un verdadero hechicero.”

Los pesados suspiros de Tanya eran audibles, y Sebastien podía imaginar su enfado, pero la mujer no contestó en voz alta.

“Cada vez eres más molesto, Canelo. Recuerda que manejamos tanto la recompensa como el castigo.” Hubo una pausa, y seguramente Tanya respondió sin palabras, porque sus respiraciones pesadas persistieron mientras la pisada más pesada de Munchworth se alejaba del puente y se dirigía hacia la entrada.

Sebastien permaneció quieto bajo el puente, intentando no temblar ni que le temblasen los dientes.

Tanya permaneció unos minutos en lo alto del puente y luego, de repente, empezó a maldecir. Inspiró profundamente varias veces, murmurando: “Por todos los infiernos mayores,” con un tono desesperadamente tensado, como si estuviera a punto de llorar. Después de unos minutos más, hurgando en el frío, Sebastien la escuchó decir, “Está bien, está bien,” con un tono más calmado. “Haré lo que debo hacer. Al menos no estaré completamente indefenso ni sola.”

Finalmente, Tanya se alejó, y después de esperar un largo rato para asegurarse de que no la observaran, Sebastien la siguió en secreto.